

Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia

Águeda Parra Jiménez* y Alfredo Oliva Delgado

Universidad de Sevilla

Resumen: El principal objetivo de esta investigación fue estudiar los patrones de comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. Una muestra de 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre 13 y 19 años completaron un cuestionario que incluía medidas de la frecuencia de la comunicación con sus progenitores, la frecuencia de aparición de episodios conflictivos, la intensidad emocional con que dichos conflictos eran percibidos, y la autonomía funcional adolescente. El trabajo aporta resultados interesantes. Por un lado, refleja una imagen de la dinámica familiar menos dramática de la que podría existir en la sociedad actual, ya que los adolescentes afirman no tener grandes conflictos con sus progenitores. Por otro lado, nuestros resultados revelan importantes diferencias de género, presentando las chicas mayor frecuencia de comunicación, menor tasa de conflictos con sus progenitores y menor autonomía para decidir sobre diferentes aspectos. Con respecto a la evolución a lo largo de los años, la frecuencia de los conflictos parece descender ligeramente mientras que la comunicación parece aumentar, sobre todo para las adolescentes. Finalmente, nuestros resultados han puesto de manifiesto una interesante relación entre la frecuencia de aparición de conflictos y la intensidad emocional con que son percibidos por los adolescentes.

Palabras clave: Adolescencia; relaciones padres-hijos; comunicación; conflicto.

Title: Family communication and conflict during adolescence.

Abstract: The aim of this paper is to study the pattern of family communication and conflict during adolescence. A sample of 221 boys and 292 girls aged between 13 and 19, were surveyed about frequency of communication with both parents, frequency of conflicts, emotional intensity of these conflicts and their functional autonomy. The article presents some interesting results. On the one hand it reflects a less negative and less conflictive image of adolescence, due adolescents stating that they do not argue with their parents frequently. On the other hand, our results show important gender differences: girls talk more with their parents, have less arguments with them and are less autonomous than boys. Through adolescence, frequency of family conflict decreases slightly, and family communication increases, mainly for girls. Finally, our results identify an interesting relationship between frequency of conflict and emotional intensity.

Key words: Adolescence; family relationships; family communication; family conflict.

Introducción

La investigación ha señalado que en algún momento entre la infancia y la adolescencia la comunicación entre los hijos e hijas y sus progenitores se deteriora: pasan menos tiempo interactuando juntos, chicos y chicas hablan menos de sus asuntos espontáneamente y la comunicación se hace más difícil (Barnes y Olson, 1985).

Un ejemplo del aumento de la dificultad de la comunicación familiar en este momento lo encontramos en los estudios que comparan los intercambios comunicativos que se producen

durante la infancia y la adolescencia. Estos trabajos señalan que durante la adolescencia las interrupciones son mucho más frecuentes, sobre todo en las conversaciones que chicos y chicas tienen con sus madres (Steinberg, 1981; Steinberg y Hill, 1978). Probablemente las interrupciones no sean algo casual, sino que reflejen un cambio en las estructuras de poder, un reajuste en las relaciones a través del cual el chico o la chica gana estatus en la familia (Steinberg, 1981).

Con respecto a los temas de los que chicos y chicas hablan con sus madres y padres, parece ser que unos y otras prefieren conversar acerca de aspectos cotidianos, aunque muy rara vez hablan sobre política, religión o sexualidad (Noller y Bagi, 1985). En cuanto a la comunicación sobre sexualidad, existe un hecho real-

* **Dirección para correspondencia:** Águeda Parra Jiménez Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. C/ Camilo José Cela s/n. Sevilla 41018. E-mail: aparra@us.es

mente paradójico: progenitores y jóvenes hablan con muy escasa frecuencia sobre sexo, a pesar de que a los chicos y chicas les gustaría tener una mayor comunicación con sus madres y padres sobre este tema, y a pesar de que padres y madres desearían ser fuente activa de información sexual para sus hijos e hijas (Benshoff y Alexander, 1993; Hutchinson y Cooney, 1998; Jordan, Price y Fitzgerald 2000).

El género parece influir sobre los patrones de comunicación de progenitores y adolescentes. Los estudios indican que las chicas suelen hablar con sus progenitores más que los chicos. Además, tanto unos como otras en general se comunican con mayor frecuencia con sus madres, con la excepción de algunos temas como la política que aparecen con más frecuencia en la comunicación con el padre (Noller y Bagi, 1985). Al mismo tiempo, las madres son percibidas como más abiertas, comprensivas e interesadas en los asuntos del adolescente, y suelen iniciar con más frecuencia intercambios comunicativos con sus hijos e hijas (Lanz, Iafrate, Rosnati, y Scabini, 1999; Marta, 1997; Noller y Callan, 1990).

Parece claro que la imagen social de las relaciones familiares durante la adolescencia está protagonizada por el conflicto entre los progenitores y sus hijos e hijas. Un conflicto que tiende a disminuir cuando estos últimos crecen y la dinámica familiar se normaliza. Sin embargo, la literatura científica aún no aporta datos concluyentes. Diferentes investigaciones apuntan a que, coincidiendo con la pubertad, aumentan los conflictos familiares y se produce un distanciamiento entre los chicos y chicas y sus progenitores (Holmbeck y Hill, 1991; Steinberg, 1987; 1988). Otras investigaciones matizan estas afirmaciones y señalan que el conflicto familiar más que estar asociado con la edad o con la llegada de la pubertad lo está con el momento en el que se alcanza dicha pubertad. Para estos trabajos el conflicto no es más frecuente en familias con hijos e hijas púberes, sino sólo en aquellas familias donde chicos y chicas experimentan los cambios puberales en un momento no esperado, por ser demasiado

pronto o demasiado tarde (Laursen y Collins, 1994; Laursen, Coy y Collins, 1998).

Otro punto en el que no hay acuerdo es en la trayectoria que siguen los conflictos a lo largo de los años adolescentes. A menudo este cambio ha sido descrito en términos de una figura de *U invertida*, con un aumento de la conflictividad entre la adolescencia inicial y media y una posterior disminución una vez llegada la adolescencia tardía (Montemayor, 1983; Paikoff y Brooks-Gunn, 1991). Sin embargo, Laursen, Coy y Collins en su meta-análisis publicado en 1998, y tras analizar 53 investigaciones, no encuentran apoyo al modelo de la *U invertida*. Sus datos más bien apuntan a que con la edad se observa un decrecimiento lineal en la frecuencia de los conflictos familiares.

Las diferentes conclusiones probablemente pueden ser explicadas, al menos en parte, por las diferentes medidas que se utilizan para operativizar el concepto de conflicto familiar (Holmbeck, Paikoff y Brooks-Gunn, 1995). Si bien algunos estudios se basan en el análisis secuencial de las interacciones, otros parten de entrevistas o analizan las formas de actuación de progenitores y adolescentes ante situaciones conflictivas hipotéticas. Otra posible explicación a los datos contradictorios la encontramos en la fuente de información de donde parten las conclusiones. Algunos estudios recogen información exclusivamente de los progenitores o de los adolescentes, mientras que otros parten de las opiniones de ambos. En este caso, y aunque parece que la información obtenida de los adolescentes normalmente coincide en mayor medida con las observaciones de terceras personas (Gonzales, Cauce y Mason, 1996), chicas y chicos perciben mayor número de conflictos que sus progenitores (Laursen *et al.*, 1998; Noller y Callan, 1986; 1988; Smetana, 1989).

Independientemente de la evolución que sigan los conflictos familiares, la mayoría de los estudios coincide en afirmar que al inicio de la adolescencia se produce un incremento significativo en el número de discusiones entre progenitores y adolescentes. Diferentes explicaciones han sido propuestas para explicar este fe-

nómeno. Mientras que para algunos autores el origen de los problemas se encuentra en la discrepancia entre lo que los progenitores esperan de sus hijos e hijas y su comportamiento real (Collins, 1992; Collins, Laursen, Mortensen, Luebker y Ferreira, 1997), para otros, los procesos cognitivos son los responsables del aumento de la conflictividad (Selman, 1981; Smetana 1988; 1989; Youniss y Smollar, 1985), ya que el desarrollo del pensamiento formal llevaría al adolescente a mostrarse más crítico con las normas y regulaciones familiares, a utilizar argumentos más sólidos en sus discusiones y a percibir a sus progenitores de forma menos idealizada.

En un punto en el que sí parece coincidir la literatura es que tanto chicas como chicos, a pesar de que dicen tener relaciones caracterizadas por mayor intimidad y expresión de afecto con sus madres que con sus padres (Eberly y Montemayor, 1999; Youniss y Smollar, 1985), tienen más discusiones y riñas con las primeras (Laursen *et al.*, 1998; Motrico, Fuentes y Bersabé, 2001; Smetana, 1989). Probablemente, esto sea debido a que en la mayoría de los casos chicos y chicas pasan más tiempo con sus madres, y los conflictos más frecuentes versan sobre aspectos de la vida diaria donde ellas suelen estar más presentes (Montemayor, 1983; 1986; Steinberg 1990).

Con respecto a los temas que provocan discusiones y riñas familiares, estudios realizados en diferentes países coinciden en afirmar que los conflictos más frecuentes son motivados por aspectos cotidianos como la forma de vestir, la hora de llegar a casa o las tareas del hogar (Arnett, 1999; Noller, 1994). Además, esto no suele cambiar mucho a lo largo de la segunda década de la vida, ya que los tópicos que provocan discusión con más frecuencia son prácticamente los mismos en los diferentes tramos de edad (Smetana, 1989).

Llegados a este punto, conviene señalar que cada vez son más los trabajos que al profundizar en las discusiones entre progenitores y adolescentes no se conforman con analizar la frecuencia de los episodios conflictivos, sino que van más allá e indagan en la intensidad con que

dichos conflictos se perciben. El meta-análisis realizado por Laursen y sus colegas (1998) señala que, a pesar del descenso en la frecuencia, la intensidad emocional con que se viven los conflictos sufre un incremento entre la adolescencia inicial y media.

A pesar de lo comentado hasta ahora sobre el aumento de la frecuencia de los conflictos familiares a lo largo de la segunda década de la vida de hijos e hijas, nos gustaría señalar que diferentes trabajos han destacado el efecto positivo que estos conflictos pueden tener para el adolescente (Cooper *et al.*, 1983; Hetherington y Anderson, 1988; Holmbeck y Hill, 1991; Steinberg, 1981; 1990) e incluso para la dinámica familiar (Holmbeck y O'Donnell, 1991; Smetana, 1989), siempre y cuando ocurran en un contexto de afecto y cohesión (Holmbeck, 1996).

Aunque todo lo presentado hasta ahora da cuenta del profundo interés de la comunidad científica sobre las relaciones familiares durante la adolescencia, aún quedan muchas preguntas sin contestar y mucho por saber de nuestra realidad cercana. Así, el objetivo general que guía este trabajo es profundizar en los patrones de comunicación y conflicto familiar en una muestra de adolescentes sevillanos. Concretamente pretendíamos conocer la evolución de la frecuencia de la comunicación entre progenitores y adolescentes a lo largo de los años, teniendo en cuenta las diferencias en la comunicación de chicos y chicas. Por otro lado, estábamos interesados en analizar tanto la frecuencia de los episodios conflictivos como la intensidad emocional con que eran percibidos por los adolescentes, analizando también la influencia del género. Al mismo tiempo, pretendíamos conocer los temas concretos que generaban más comunicación y más conflicto familiar en estos años.

Método

Sujetos

La muestra estaba compuesta por 513 adolescentes, 221 chicos (43,1%) y 292 chicas (56,9%) de edades comprendidas entre los 12 y los 19

años. El 32% de los y las adolescentes se encontraba en la adolescencia inicial (12-14 años), el 34,5% en la adolescencia media (15-16 años), y el 33,5% en la tardía (17-19 años).

Chicas y chicos fueron reclutados de 10 centros educativos de Sevilla y su provincia. Debido a que en el momento en que realizamos la recogida de los datos (finales del año 1999) convivían en la educación española el sistema tradicional del bachillerato y la formación profesional con la recién estrenada educación secundaria, entrevistamos a chicos y chicas que estudiaban 2º de ESO (alrededor de los 13 años), 4º ESO, 2º BUP y 2º FP (alrededor de los 15 años), COU y 4º FP (alrededor de los 17 años).

La elección de los colegios e institutos se realizó teniendo en cuenta criterios como su pertenencia al mundo rural o urbano, su titularidad (pública o privada-concertada) y el nivel socioeconómico de los chicos y las chicas que asistían a sus aulas. El 64,1% de los adolescentes pertenecían al ámbito urbano, mientras que 35,9% vivían en el mundo rural.

Instrumentos

Para esta investigación elaboramos un cuestionario que incluía instrumentos para analizar los patrones de comunicación y conflicto entre progenitores y adolescentes. Para evaluar la comunicación con ambos progenitores creamos *ad hoc* una escala compuesta por 22 ítems, de los cuales 11 están referidos a la comunicación con el padre y 11 a la comunicación con la madre. Dicha escala evalúa la frecuencia de la comunicación familiar sobre diversos temas (amistades, tiempo libre, sexualidad, drogas, planes de futuro, etc.), así como el grado de acuerdo entre progenitores y adolescentes en relación a dichos temas. Los participantes deben indicar en primer lugar si la comunicación sobre cada uno de estos temas tiene lugar “muchas veces” (4), “algunas veces” (3), “rara vez” (2) o “nunca” (1). Al mismo tiempo, deben señalar si en relación con esos mismos temas están “totalmente de acuerdo” (4), “de acuerdo” (3), “en desacuerdo” (2), o “totalmente en des-

acuerdo” (1) con la postura de sus padres y madres (Ver anexo I).

Para evaluar los conflictos en las relaciones con los progenitores creamos una escala de formato similar al anterior. Compuesto por 14 ítems, el instrumento informa acerca de la frecuencia de aparición de discusiones entre progenitores y adolescentes sobre diversos temas (hora de volver a casa, amistades, drogas, política o religión, etc.). Dicha escala también recoge información acerca de la intensidad emocional con la que chicos y chicas perciben las discusiones, y sobre la autonomía funcional adolescente ante cada uno de dichos temas, esto es, su capacidad de decisión en la familia. Así, chicos y chicas deben señalar en una escala de 1 a 4 si los conflictos son poco (1) o muy frecuentes (4); si son de intensidad leve (1), media (2) o fuerte (3), y finalmente si la decisión ante cada uno de los temas la toman ellos mismos (3), sus progenitores (1) o todos conjuntamente (2) (Ver anexo II).

Procedimiento

Los cuestionarios eran anónimos y fueron aplicados por miembros del equipo de investigación. Tras unos primeros contactos telefónicos y por escrito con los directores y directoras de los centros educativos en los que se explicaban los objetivos del estudio, la persona encargada de recoger los datos visitaba el colegio o el instituto y seleccionaba las aulas necesarias. Todos los sujetos de cada aula seleccionada rellenaban el cuestionario en varias sesiones de unos 45 minutos de duración repartidas a lo largo de diferentes días.

Resultados

Comunicación familiar

Uno de los principales objetivos de nuestro trabajo es conocer cuáles son los temas de los que chicos y chicas hablan más con sus padres y madres. En la Tabla 1, referida a la frecuencia de la comunicación con la madre, observamos

que mientras chicos y chicas hablan a menudo sobre sus amigos, sus gustos e intereses, sus planes de futuro o las normas de la familia,

temas como sexualidad, política o religión, son infrecuentes.

Tabla 1: Media de frecuencia de comunicación con la madre sobre una serie de temas.

	Total	Chico	Chica	F	p
Sobre gustos e intereses	3,34	3,04	3,55	46,413	0,000
Sobre amigos	3,34	3,00	3,59	79,708	0,000
Sobre normas de la familia	3,23	3,08	3,34	12,462	0,000
Sobre planes de futuro	3,23	3,06	3,36	15,559	0,000
Sobre actividades fuera de casa	3,21	3,07	3,31	11,142	0,001
Sobre novios/as, o personas que les gustan	2,63	2,33	2,86	29,170	0,000
Sobre alcohol o tabaco	2,62	2,52	2,69	2,968	0,086
Sobre drogas	2,44	2,37	2,49	1,260	0,260
Sobre política o religión	2,12	2,00	2,20	4,684	0,031
Sobre sexualidad en general	2,11	1,95	2,24	10,108	0,002
Sobre conducta su sexual	1,80	1,77	1,82	0,405	0,525

Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= hablan rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

Como observamos en la Tabla 2, el patrón de comunicación entre padres y adolescentes es bastante similar al visto anteriormente con la madre. Una diferencia interesante es que los dos principales temas de los que se habla con el padre son las normas familiares y los planes de futuro, sin embargo, los dos temas de los que adolescentes y madres hablan con mayor frecuencia son los amigos y amigas y los gustos e intereses, temas algo más personales. En cual-

quier caso, las principales diferencias en la comunicación adolescente con padre y madre no estriban en los temas que se tratan, sino más bien en la frecuencia de la comunicación con unos y otras. Si bien los temas de los que se habla y que se evitan son prácticamente los mismos, como veremos posteriormente, los adolescentes hablan con sus madres con bastante mayor frecuencia.

Tabla 2: Media de la frecuencia de comunicación con el padre sobre una serie de temas.

	Total	Chico	Chica	F	p
Sobre normas de la familia	3,09	2,98	3,18	5,478	0,020
Sobre planes de futuro	3,07	3,03	3,10	0,524	0,469
Sobre gustos e intereses	3,02	2,98	3,05	0,710	0,400
Sobre amigos	2,81	2,75	2,84	1,293	0,256
Sobre actividades fuera de casa	2,80	2,77	2,83	0,513	0,474
Sobre alcohol o tabaco	2,46	2,50	2,43	0,519	0,472
Sobre drogas	2,39	2,34	2,43	0,710	0,400
Sobre política o religión	2,14	2,05	2,20	2,561	0,110
Sobre novios/as o personas que les gustan	2,10	2,08	2,12	0,116	0,734
Sobre sexualidad en general	1,87	1,94	1,81	2,167	0,142
Sobre conducta su sexual	1,61	1,76	1,49	12,297	0,000

Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= hablan rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

En las Tablas 1 y 2 también aparecen las diferencias entre chicos y chicas en la comunicación con sus progenitores. En la primera de ellas observamos que existen bastantes diferencias entre los y las adolescentes. Las chicas hablan más que los chicos con sus madres sobre la mayoría de los temas, entre otros sobre las normas de la familia, sobre lo que hacen cuando están fuera de casa, sobre sus planes de futuro, sobre sus gustos e intereses o sobre las personas que les gustan. Sin embargo, en la comunicación con el padre, Tabla 2, aparecen muchas más semejanzas entre los y las adolescentes. Podemos decir que mientras que en la comunicación con la madre el género del adolescente marca diferencias, en la comunicación con el padre, chicos y chicas se comportan de forma bastante similar, apareciendo sólo dos diferencias: las chicas hablan con sus padres con mayor frecuencia sobre las normas de la familia, y los chicos sobre su conducta sexual. La comunicación de las chicas y sus padres sobre sexualidad es prácticamente inexistente.

Cuando analizamos cómo evoluciona la comunicación sobre cada uno de los temas anteriores en función de la edad, observamos que a lo largo de la adolescencia aumenta la comunicación con la madre sobre tópicos como las amistades ($p=0,021$), lo que hacen cuando están fuera de casa ($p=0,030$), sus planes de futuro ($p=0,004$), los ligues ($p=0,019$), o el alcohol y el tabaco ($p=0,003$), no cambiando la comunicación sobre el resto de los temas. Por otro lado, la comunicación con el padre a lo largo de los años experimenta menos cambios, ya que en la mayoría de los temas la frecuencia permanece constante. Sólo aumenta la comunicación entre padres y adolescentes sobre los planes de futuro ($p=0,000$) y sobre el alcohol o el tabaco ($p=0,002$).

Cuando analizamos la relación entre la frecuencia de la comunicación de chicos y chicas con sus progenitores y el nivel de estudios del padre, los datos indican que el nivel educativo que marca las diferencias es el bajo ($p=0,000$), ya que entre el medio y el alto no existen diferencias significativas ($p=0,796$). En otras palabras, los chicos y las chicas cuyos padres tienen

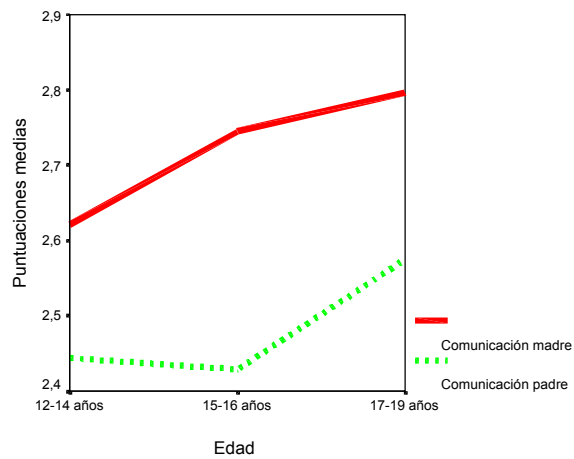
nivel educativo bajo dicen hablar menos frecuentemente con sus progenitores que los hijos e hijas de padres de nivel educativo medio y alto.

Si pasamos a describir la evolución de la comunicación con ambos progenitores a lo largo de la segunda década de la vida (Figura 1), observamos que a medida que avanza la edad se produce un incremento en la frecuencia general de comunicación adolescente con madres ($p=0,013$) y padres ($p=0,046$). En la comunicación con las madres el aumento más notable se encuentra entre la adolescencia inicial y media, mientras que con los padres la comunicación se hace más frecuente entre la media y la tardía. Por otro lado, la Figura 1 pone claramente de manifiesto que los y las adolescentes tienen mayor grado de comunicación con sus madres que con sus padres, siendo esta diferencia significativa en todos los tramos de edad. En otras palabras, a lo largo de toda la adolescencia la comunicación es más frecuente con la madre que con el padre, y esto es así tanto para los chicos ($p=0,000$) como para las chicas ($p=0,000$).

Para saber si existen diferencias en la evolución de la comunicación de chicos y chicas con sus madres y padres por separado debemos dirigirnos a las Figuras 2 y 3. En la primera de ellas, donde se observa la comunicación de chicos y chicas con sus madres a lo largo de los años, vemos que las chicas hablan con sus madres con mayor frecuencia que los chicos en la adolescencia media ($p=0,000$) y tardía ($p=0,000$). Además, mientras que la comunicación de los varones se mantiene estable a lo largo de los años ($p=0,985$), en las chicas se produce un incremento significativo entre la adolescencia inicial y la media, que sigue aumentando en la tardía ($p=0,000$). La comunicación con el padre (Figura 3), muestra una evolución algo diferente. En las chicas, con la edad observamos un ligero aumento de la frecuencia de la comunicación con el padre ($p=0,036$), sin embargo, en los chicos no aparecen diferencias significativas a lo largo de los años ($p=0,393$), por lo que podemos decir que la comunicación con el padre se mantiene en niveles similares en

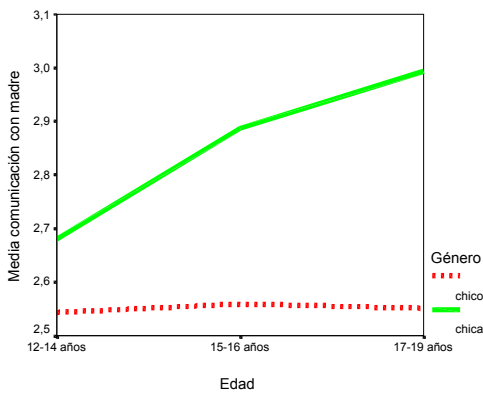
los diferentes momentos de la adolescencia. Por otro lado, en la comunicación con el padre no aparecen diferencias significativas entre chicos y chicas en ninguno de los tramos de edad.

Así, podemos señalar que mientras que el género del adolescente parece influir en la comunicación con la madre, no ocurre lo mismo en la comunicación con el padre.



Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

Figura 1: Comunicación con madre y padre por edad



Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= hablan rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

Figura 2: Comunicación con madre

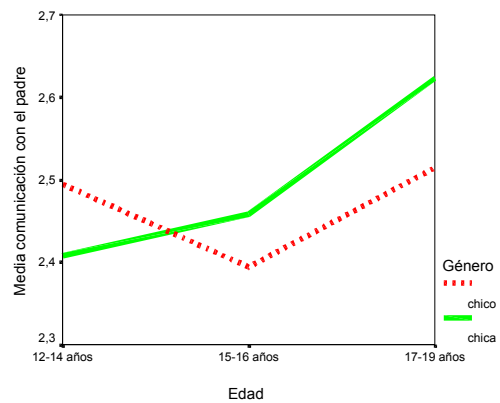


Figura 3: Comunicación con padre

Conflictos familiares

Para analizar los temas que provocan conflictos con más frecuencia entre progenitores y adolescentes, debemos dirigirnos a la Tabla 3. En ella observamos que las principales discusiones versan sobre temas académicos y domésticos como el tiempo que dedican a estudiar, las tareas de la casa, la hora de regreso tras las salidas o la forma de vestir. La carrera o profesión a elegir, las ideas políticas y religiosas o la conducta sexual del adolescente no suscitan conflictos con frecuencia. Además, en esta tabla podemos apreciar que las discusiones entre adolescentes, padres y madres no son muy frecuentes, ya que se sitúan por debajo de 2, lo que implica que chicos y chicas afirman no tener ningún conflicto o tenerlos muy pocas veces.

Si seguimos profundizando en la misma tabla, observamos que los chicos discuten más que las chicas con sus padres y madres sobre la mayoría de los temas, entre ellos, el tiempo de estudio y las notas que obtienen, el empleo del dinero y del tiempo libre, la forma de vestirse y arreglarse, las drogas, fumar y beber, o la profesión que van a elegir. Por el contrario, las chicas discuten más con sus progenitores sobre la hora de regreso a casa y los ligues que tienen. En temas como el reparto de las tareas del hogar, los lugares a los que salen, sus amistades, su conducta sexual o política y religión, no aparecen diferencias entre chicos y chicas, y tanto unos como otras discuten con sus progenitores más o menos con la misma frecuencia.

Al analizar la evolución que siguen los temas conflictivos a lo largo de la segunda década de la vida, los datos ponen de manifiesto que mientras que algunos no experimentan cambios, sobre otros, a medida que transcurren los años, se discute con menor frecuencia. En otras palabras, hay tópicos como los relacionados con la escuela, las tareas de la casa, el empleo del tiempo libre o del dinero, que no experimentan cambios a lo largo de la adolescencia. Sin embargo, en los temas que se producen cambios con la edad la tendencia es a que provoquen menos situaciones conflictivas a medi-

da que transcurre la adolescencia. Así, con los años, progenitores y adolescentes discuten menos sobre la hora de volver a casa ($p=0,035$), las drogas ($p=0,035$), los lugares donde salen ($p=0,002$), los amigos ($p=0,008$) o ligues que tienen ($p=0,002$), la forma de vestir ($p=0,000$) y su conducta sexual ($p=0,000$).

Por otra parte, podemos decir que el nivel educativo de los progenitores no parece estar relacionado con la frecuencia de conflictos con hijos e hijas ($p=0,421$).

En la Figura 4 observamos la evolución de la frecuencia de los conflictos entre adolescentes y progenitores con la edad. En ella vemos que a medida que transcurren los años disminuye ligeramente la frecuencia de los episodios conflictivos, aunque el mayor cambio lo experimentan las chicas ($p=0,066$). Para los varones las situaciones conflictivas disminuyen ligeramente pero no de forma significativa ($p=0,148$). Por otro lado, en la misma figura vemos que los chicos tienen con sus progenitores más conflictos que las chicas ($p=0,001$).

Si pasamos a analizar la intensidad emocional con que chicos y chicas viven dichos conflictos, la Tabla 4 refleja que los temas que provocan discusiones más fuertes son las drogas, la conducta sexual y la elección de carrera o profesión. Paradójicamente, y si recordamos lo dicho anteriormente, estos temas eran los que suscitaban menos conflictos entre progenitores y adolescentes.

Los temas que provocan conflictos de menor intensidad son el empleo del tiempo libre y del dinero, la forma de vestir, o la hora de recogida. Temas que por otro lado, eran fuente de conflicto con más frecuencia. Lo que queremos resaltar es que aquellos temas que originan conflictos con mucha frecuencia no son vividos con gran intensidad por parte de los adolescentes, mientras que aquellos que aparecen con menor frecuencia son los de una carga emocional mayor. Al analizar en la misma tabla las diferencias entre chicos y chicas, los datos indican que cuando aparecen diferencias entre unos y otras, los primeros suelen percibir los conflictos de manera más intensa emocionalmente. Los adolescentes viven los conflictos

sobre temas sexuales y académicos, sobre fumar o beber y sobre el empleo del tiempo libre, de forma más intensa que sus compañeras.

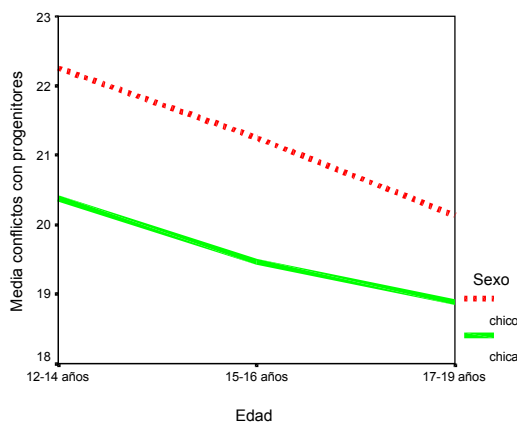
En la Figura 5 observamos que a medida que transcurren los años disminuye la intensidad emocional con que chicos y chicas perciben las discusiones con sus progenitores

($p=0,001$). Este decremento alcanza niveles significativos sólo entre los varones ($P=0,003$), ya que entre las chicas no llega a ser significativo ($p=0,116$). En cualquier caso, conviene señalar que en general las discusiones son percibidas como leves y medias para la mayoría de la población adolescente.

Tabla 3: Principales temas conflictivos. Diferencias entre chicos y chicas.

	Total	Chicos	Chicas	F	<i>p</i>
Tareas de la casa	2,02	2,05	2,00	0,424	0,515
Tiempo de estudio y notas	1,95	2,17	1,78	22,303	0,000
Hora de regreso a casa	1,76	1,67	1,82	4,112	0,043
En qué gastan el dinero	1,58	1,69	1,49	8,116	0,005
Forma de vestirse y arreglarse	1,45	1,54	1,39	4,963	0,026
Empleo del tiempo libre	1,41	1,52	1,33	9,718	0,002
Tabaco y alcohol	1,39	1,51	1,31	7,937	0,005
Lugares de salida	1,39	1,45	1,35	2,294	0,131
Amigos y amigas	1,30	1,32	1,29	0,243	0,622
Ligues	1,25	1,19	1,30	4,171	0,042
Drogas	1,24	1,38	1,13	14,749	0,000
Carrera o profesión	1,20	1,29	1,13	9,015	0,003
Política o religión	1,15	1,25	1,08	14,697	0,000
Conducta sexual	1,13	1,16	1,10	2,579	0,109

Puntuaciones medias (1= ningún conflicto, 2= algún conflicto, 3= bastantes conflictos, 4= muchos conflictos)



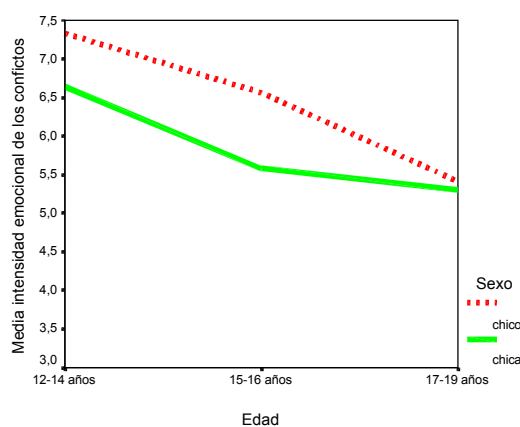
Sumatorio de la frecuencia de los conflictos en cada uno de los temas

Figura 4: Frecuencia de los conflictos por género y edad

Tabla 4: Temas que provocan conflictos de mayor y menor intensidad emocional. Diferencias entre chicos y chicas.

	Total	Chicos	Chicas	F	P
Drogas	2,07	2,19	1,88	2,277	0,136
Conducta sexual	1,69	1,91	1,48	4,294	0,044
Carrera o profesión	1,63	1,72	1,52	1,334	0,252
Tabaco y alcohol	1,62	1,77	1,48	4,451	0,037
Política o religión	1,58	1,72	1,35	3,097	0,085
Tiempo de estudio y notas	1,57	1,67	1,49	5,270	0,022
Ligues	1,53	1,84	1,41	7,695	0,007
Amigos y amigas	1,48	1,60	1,40	2,547	0,113
Tareas de la casa	1,43	1,45	1,41	0,400	0,528
Lugares de salida	1,41	1,49	1,35	1,903	0,170
Hora de regreso a casa	1,39	1,42	1,36	0,799	0,372
En qué gastan el dinero	1,37	1,41	1,33	0,821	0,336
Forma de vestirse y arreglarse	1,30	1,31	1,30	0,011	0,916
Empleo del tiempo libre	1,30	1,48	1,15	18,084	0,000

Puntuaciones medias(1= discusiones leves, 2= discusiones medias, 3= discusiones importantes)

**Figura 5:** Intensidad emocional de los conflictos por género y edad

Con respecto a la toma de decisión sobre diversos asuntos, nuestros datos ponen de manifiesto que chicos y chicas deciden de forma más autónoma sobre temas como las amistades, los sitios donde van, su conducta sexual, la carrera o profesión que van a elegir y temas políticos y religiosos. Por otro lado, temas como las tareas del hogar o la hora de regreso a casa son decididos conjuntamente entre madres, padres y adolescentes. Además, mientras que

las chicas deciden con más frecuencia sobre su carrera o profesión, el tabaco y el alcohol y asuntos académicos, los chicos deciden con más frecuencia la hora de regreso a casa y la realización de tareas del hogar. Cuando analizamos los niveles de decisión adolescente en los diferentes temas en función de la edad, descubrimos que en todos ellos, y a medida que transcurre la segunda década de la vida, chicos y chicas deciden con mayor frecuencia.

Discusión

Al analizar los patrones de comunicación familiar, nuestros datos han puesto de manifiesto que progenitores y adolescentes se comunican con relativa frecuencia sobre la mayoría de los temas. Los niveles de comunicación en este momento no son tan bajos como podría esperarse de acuerdo con algunos estereotipos sociales que destacan los años de la adolescencia como especialmente difíciles para la comunicación familiar. Por otro lado, nuestros datos apoyan los de Noller y Bagi (1985) que señalan que en general chicos y chicas hablan con mayor frecuencia con sus madres que con sus padres, y que con las primeras tratan temas algo más íntimos. Si bien los dos temas principales que chicos y chicas hablan con sus madres son las amistades o sus gustos e intereses, con el padre los dos temas de los que se habla con mayor frecuencia son las normas de la familia y los planes de futuro. No obstante, tanto con padres como con madres es más usual la comunicación sobre las normas del hogar, sus planes de futuro o lo que hacen en su tiempo libre, tratándose menos frecuentemente todo lo relacionado con drogas, política, religión y sexualidad. En este sentido, conviene señalar el efecto beneficioso que una adecuada comunicación sexual en la familia parece tener para evitar conductas sexuales de riesgo entre los y las adolescentes (Hutchinson y Cooney, 1998).

Al mismo tiempo, mientras que con los años los niveles de comunicación de las adolescentes con sus progenitores aumenta, la comunicación de los varones no parece experimentar grandes cambios. Hubiera sido muy interesante tener medidas de la comunicación familiar en los años de la infancia y más allá de la adolescencia tardía. Así, podríamos saber si realmente la frecuencia de la comunicación disminuye con la llegada de la pubertad (Barnes y Olson, 1985), al mismo tiempo que podríamos conocer qué ocurre tras la adolescencia.

La mayor comunicación con la madre creemos que puede explicarse, al menos en parte, atendiendo a la diferente implicación que

padres y madres tienen en la crianza y educación de sus hijos e hijas. En nuestra sociedad las madres parecen estar más presentes en el hogar que los padres, y no sólo debido a que la frecuencia del trabajo extradoméstico es menor para las mujeres, sino que incluso las madres que trabajan fuera del hogar están más implicadas en las vidas de sus hijos e hijas (Iglesias de Ussel, 1994; Menéndez, 1999). Por otro lado, podríamos encontrar una explicación complementaria en aquellos trabajos que han señalado que chicos y chicas perciben a sus madres de forma más cercana que a sus padres (Lanz *et al.*, 1999; Noller y Callan, 1990), por lo que la mayor comunicación con ellas estaría reflejando no sólo una mayor presencia física, sino también una mayor proximidad emocional.

Con respecto a los conflictos entre progenitores y adolescentes, una aportación que creemos interesante de este trabajo, es que ha puesto de manifiesto que la mayoría de los chicos y las chicas de nuestro contexto afirma no tener discusiones con excesiva frecuencia con sus madres y padres. Idea quizás opuesta a la imagen general de la adolescencia como un momento de importantes conflictos familiares. A pesar de todo, y siguiendo a autores como Holmbeck o Steinberg, creemos que si hubiéramos tenido medidas de los conflictos en los años de la infancia, probablemente hubiéramos percibido un aumento significativo en la primera etapa de la adolescencia (Holmbeck y Hill, 1991; Steinberg, 1987, 1988).

Si tenemos en cuenta la evolución de la frecuencia de los conflictos con la edad, conviene señalar que nuestros datos coinciden con los del meta-análisis de Laursen (Laursen *et al.*, 1998), ya que apuntan a una tendencia decreciente a lo largo de la adolescencia, en nuestro caso algo más significativa para las chicas. En otras palabras, en nuestro contexto y a medida que transcurren los años, parece disminuir ligeramente la frecuencia de episodios conflictivos entre progenitores y adolescentes, especialmente en el caso de las chicas. Asimismo, éstas parecen manifestar en todos los tramos de edad menos discusiones familiares que sus compañeros varones. Aunque los resultados apuntan a

una ligera disminución de los conflictos con la edad, pensamos que esta tendencia sería más clara si tuviéramos medidas de los episodios conflictivos más allá de los 18 y 19 años. Probablemente, durante la adolescencia tardía todavía estén funcionando mecanismos de ajuste mutuo que hacen que las discusiones y conflictos familiares no sean infrecuentes.

Si analizamos los temas que provocan conflictos con mayor y menor frecuencia, nuestros datos coinciden con los de Arnett (1999) y Noller (1994) cuando afirman que temas como la sexualidad, las drogas, la política o la religión, no provocan discusiones con mucha frecuencia, produciéndose la mayor parte de los conflictos sobre temas domésticos y académicos. A nuestro juicio, esto nos invita a reflexionar sobre diferentes aspectos. Por un lado, creemos que chicos y chicas no tienen discusiones sobre sexualidad, política, religión, fumar o beber porque si recordamos lo dicho en líneas anteriores, de estos mismos temas apenas se habla en la familia. Nuestros datos nos llevan a pensar que en la familia existen temas que se evitan, temas de los que ni se habla ni evidentemente se discute con mucha frecuencia. Estamos convencidos de que muchos de los problemas tanto de embarazos no deseados, como de enfermedades de transmisión sexual o de consumo de sustancias dañinas en la población adolescente, se verían disminuidos si madres y padres supieran cómo ser fuente activa de información para sus hijos e hijas. Algo especialmente importante si tenemos en cuenta, como han señalado diferentes autores (Benshoff y Alexander, 1993; Hutchinson y Cooney, 1998; Jordan *et al.*, 2000), que padres y madres desearían ser fuente de información para sus hijos e hijas, al mismo tiempo que a éstos les gustaría tener en casa una comunicación más natural sobre estos temas. En este sentido, el hecho de que la comunicación sea menos frecuente cuando los padres tienen un nivel educativo más bajo, podría indicar que éstos carecen de conocimientos y se sienten inseguros para abordar determinados temas como las drogas, la religión o la sexualidad.

Por otro lado, y según nuestros datos, en la familia se producen frecuentes discusiones acerca de la hora de llegar a casa, las tareas del hogar o el desempeño académico. Como han puesto de manifiesto diferentes trabajos, durante la adolescencia chicos y chicas comienzan a considerar que estos temas están bajo su responsabilidad (Smetana, 1988; 1989), lo que provoca enfrentamientos al encontrarse con unas madres y padres que podrían no entenderlo así. Además, estos temas pertenecen al ámbito de lo cotidiano, y son especialmente importantes para el reajuste de las relaciones familiares y para el proceso a través del cual chicos y chicas van a ir ganando autonomía y capacidad de decisión dentro del sistema familiar (Holmbeck y O'Donnell, 1991). Así, las discusiones sobre esos temas *menores* tales como la forma de vestir o las tareas del hogar, serían un contexto idóneo en el que perfilar las fronteras entre la autonomía adolescente y el mantenimiento del sistema familiar (Smetana 1989).

Aunque evidentemente, la dinámica que se establece durante la adolescencia de hijos e hijas está muy condicionada por aquella que se estableció en años anteriores, coincidimos con los autores que afirman que el aumento de la conflictividad en estos años es un fenómeno normativo e incluso positivo para el desarrollo de chicos y chicas (Gecas y Seff, 1990), siempre y cuando ocurra en un contexto familiar cálido y de comprensión mutua (Holmbeck, 1996). Probablemente, si no aparecieran situaciones conflictivas que obligaran a ese reajuste de las relaciones familiares sería muy difícil que chicos y chicas pudieran lograr una autonomía y forjarse una identidad diferente a la de sus progenitores (Holmbeck y Hill, 1991; Smetana, 1989; Steinberg, 1990).

Siguiendo con los conflictos entre progenitores y adolescentes, nos gustaría destacar una última idea que creemos es muy reveladora. Nuestros resultados han descrito una interesante relación entre la frecuencia de los conflictos y su intensidad emocional, poniendo de manifiesto que los temas de los que se discute con menor frecuencia son aquellos que se viven con mayor intensidad emocional. Las discusio-

nes sobre temas como la forma de vestir o la hora de regreso a casa, temas de los que se discute con mucha frecuencia, son percibidos por chicos y chicas como de menor intensidad emocional en oposición a las discusiones sobre las drogas o la sexualidad, que cuando aparecen provocan discusiones muy fuertes. A nuestro juicio, podrían existir dos posibles explicaciones para esta relación inversa entre frecuencia e intensidad emocional de los conflictos. Por un lado, podría ser que los temas que son fuente de discusión con mucha frecuencia, independientemente de la intensidad con que se vivirían en un principio, acaban haciéndose cotidianos para progenitores y adolescentes, por lo que a través de un proceso similar a la habituación no se percibirían de forma muy intensa. Sin embargo, la otra explicación alude a un proceso más consciente según el cual, progenitores y adolescentes evitan discutir sobre temas que saben van a provocar fuertes emociones. Independientemente del tipo de explicación que defendamos, estamos seguros de que el hecho de que los conflictos más frecuentes sean de leve intensidad emocional es un mecanismo adaptativo que pone en marcha el sistema familiar para evitar situaciones extremadamente disruptivas.

Siguiendo con la intensidad emocional, si bien nuestros datos acerca de la frecuencia de los conflictos apoyan los de Laursen, (Laursen *et al.*, 1998), no ocurre lo mismo con la vivencia emocional de dichos conflictos. Mientras que el meta-análisis apunta a un aumento de la intensidad entre la adolescencia inicial y media, nuestros resultados indican que las chicas viven los conflictos sin grandes cambios a lo largo de los años, disminuyendo incluso la vivencia negativa de los varones.

A continuación, nos gustaría señalar que en general nuestros datos han encontrado diferencias significativas entre chicos y chicas. Así, por ejemplo, la comunicación entre las adolescentes y sus progenitores es más frecuente, y a excepción de temas como la hora de recogida o las personas con las que salen, dicen tener menos conflictos que los chicos. Aunque no existen diferencias en la autonomía funcional de unos y

otras, los chicos deciden más sobre temas prácticos como la hora de llegar a casa. Esto podría explicar que las adolescentes se sintieran perjudicadas frente a sus compañeros, y discutieran más frecuentemente con madres y padres sobre ese tema en concreto. No obstante, nuestros datos han puesto de manifiesto que las adolescentes, en líneas generales, parecen discutir menos con sus progenitores y comunicarse con ellos de forma más frecuente que sus compañeros varones.

Creemos que este trabajo aporta resultados muy interesantes sobre las relaciones entre progenitores y adolescentes, sobre todo por estar referido a chicas y chicos de nuestro contexto, sin embargo, somos conscientes de sus limitaciones. Nuestros datos parten de un diseño transversal, a través del cual no podemos concluir sobre cambios intraindividuales con la edad. Lo más que podemos hacer es señalar una tendencia, que será necesario confirmar utilizando diseños longitudinales. Al mismo tiempo, aunque se podría considerar que nuestros resultados son parciales por presentar sólo la versión adolescente sin contar con la opinión de madres y padres, no creemos que condene los resultados a la imparcialidad, ya que reflejan una realidad: la vivencia de chicos y chicas, que por ser vivencia no es menos realidad. Además, diferentes estudios han puesto de manifiesto que cuando se comparan las opiniones de progenitores y adolescentes con la de observadores externos, la de chicos y chicas suele coincidir en mayor medida con la de las personas no implicadas directamente (Gonzales *et al.*, 1996), lo que parece reflejar una mayor *objetividad* de los y las adolescentes.

Antes de concluir conviene añadir que con este trabajo creemos haber cubierto los objetivos que nos planteamos en un principio, esto es, arrojar alguna luz sobre los patrones de comunicación y la evolución de los conflictos entre progenitores y adolescentes de nuestro contexto, no olvidando la influencia de la variable género. Nos gustaría insistir en que aunque aún queda mucho por conocer, por ejemplo a la hora de determinar cuales son las características del medio familiar que hacen que los conflictos

jueguen un papel positivo para el desarrollo, al menos han aparecido algunos indicios que nos indican por donde debemos seguir investigando y qué derroteros debemos tomar en el futuro. Para terminar, creemos importante insistir

en que nuestros datos han revelado una fotografía de las relaciones familiares durante la transición de la adolescencia mucho menos dramática de la que parece existir en la sociedad actual.

Referencias

- Arnett, J. J. (1999). Adolescent storm and stress, reconsidered. *American Psychologist*, 54, 317-326.
- Barnes, H. L. y Olson, D. H. (1985). Parent-adolescent communication and the circumplex model. *Child Development*, 56, 438-447.
- Benshoff, J. M. y Alexander, S. J. (1993). The family communication project: fostering parent-child communication about sexuality. *Elementary School Guidance & Counselling*, 27, 228.
- Collins, W. A. (1992). Parents' cognitions and developmental changes in relationships during adolescence. En I. Sigel, A. McGillicuddy-Delisi y J. J. Goodnow. *Parenting Belief Systems* (pp. 175-199). Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Collins, W. A., Laursen, B., Mortensen, N., Luebker, C. y Ferreira, M. (1997). Conflict processes and transitions in parent and peer relationships: implications for autonomy and regulation. *Journal of Adolescent Research*, 12, 178-198.
- Cooper, C. R., Grotevant, H. D. y Condom, S. M. (1983). Individuality and connectedness in the family as a context for adolescent identity formation and role-taking skill. En H. D. Grotevant y C. R. Cooper (Eds) *Adolescent Development In The Family: New Directions For Child Development*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Eberly, M. B. y Montemayor, R. (1999). Adolescent affection and helpfulness toward parents: a 2-year follow-up. *Journal of Early Adolescence*, 19, 226-249.
- Gecas, V. y Seff, M. (1990). Families And Adolescent: A Review Of The 1980s. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 941-958.
- Gonzales, N. A.; Cauce, A. M. y Mason, C. A. (1996). Inter-observer agreement in the assessment of parental behaviour and parent-adolescent conflict: african-american mothers, daughters and independent observers. *Child Development*, 67, 1483-1498.
- Hetherington, E. M. y Anderson, E. R. (1988). The effects of divorce and remarriage on early adolescents and their families. En M. D. Levine y E. R. Mcanarney. *Early Adolescent Transitions* (pp. 49-67). Lexington, MA: Lexington Books.
- Holmbeck, G. N. (1996). *A model of family relational transformations during the transition to adolescence: parent-adolescent conflict and adaptation*. Mahwah, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Holmbeck, G. N. y Hill, J. P. (1991). Conflictive engagement, positive affect and menarche in families with seventh-grade girls. *Child Development*, 62, 1030-1048.
- Holmbeck, G. N. y O'donnell, K. (1991). *Discrepancies between perceptions of decision making and behavioural autonomy*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Holmbeck, G. N., Paikoff, R. L. y Brooks-Gunn, J. (1995). Parenting adolescents. En M. H. Bornstein (Ed.). *Handbook of Parenting*. Vol I (pp. 91-118). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Hutchinson, M. K. y Cooney, T. M. (1998). Patterns of parent-teen sexual risk communication: implications for intervention. *Family Relations*, 47, 185.
- Iglesias de Ussel, J. (1994). La familia. En M. Juárez (Dir.). *V informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.
- Jordan, T. R., Price, J. H. y Fitzgerald, S. (2000). Rural parents' communication with their teen-agers about sexual issues. *Journal of School Health*, 70, 338-345.
- Lanz, M.; Iafrate, R.; Rosnati, R. y Scabini, E. (1999). Parent-child communication and adolescent self-esteem in separated, inter-country adoptive and intact non-adoptive families. *Journal of Adolescence*, 22, 784-794.
- Laursen, B. y Collins, W. A. (1994). Interpersonal conflict during adolescence. *Psychological Bulletin*, 115, 197-209.
- Laursen, B., Coy, K. y Collins, W. A. (1998). Reconsidering changes in parent-child conflict across adolescence: a meta-analysis. *Child Development*, 69, 817-832.
- Marta, E. (1997). Parent-adolescent interactions and psychosocial risk in adolescents: an analysis of communication, support and gender. *Journal of Adolescence*, 20, 473-486.
- Menéndez, S. (1999). *La implicación del padre en la crianza y el cuidado de sus hijos e hijas. Un estudio evolutivo*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Sevilla.
- Montemayor, R. (1983). Parents and adolescents in conflict: all families some of the time and some families most of the time. *Journal of Early Adolescence*, 3, 83-103.
- Montemayor, R. (1986). Family variation in parent-adolescent storm and stress. *Journal of Adolescent Research*, 1, 15-31.
- Motrico, E., Fuentes, M. J. y Bersabé, R. (2001). Discrepancias en la percepción de los conflictos entre padres e hijos/as a lo largo de la adolescencia. *Anales de Psicología* 17, 1-13.
- Noller, P. (1994). Relationship with parents in adolescence: process and outcomes. En R. Montemayor, G. R. Adams, y T. P. Gullota. *Personal Relationship During Adolescence*. Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Noller, P. y Bagi, S. (1985). Parent-adolescent communication. *Journal of Adolescence*, 8, 125-144.

- Noller, P. y Callan, V. (1990). Adolescents' perceptions of the nature of their communication with parents. *Journal of Youth and Adolescence*, 19, 349-362.
- Noller, P. y Callan, V. J. (1986). Adolescent and parent perceptions of family cohesion and adaptability. *Journal Of Adolescence*, 9, 97-106.
- Noller, P. y Callan, V. J. (1988). Understanding parent-adolescent interaction: the perception of family members and outsiders. *Developmental Psychology*, 24, 707-714.
- Paikoff, R. L. y Brooks-Gunn, J. (1991). Do parent-child relationships change during puberty? *Psychological Bulletin*, 110, 47-66.
- Selman, R. L. (1981). The development of interpersonal competence: the role of understanding in conduct. *Developmental Review*, 1, 401-422.
- Smetana, J. G. (1988). Adolescents' and parents' conceptions of parental authority. *Child Development*, 59, 321-335.
- Smetana, J. G. (1989). Adolescents' and parents' reasoning about family conflict. *Child Development*, 60, 1052 - 1067.
- Steinberg, L. (1981). Transformations in family relations at puberty. *Developmental Psychology*, 17, 833-840.
- Steinberg, L. (1987). Impact of puberty on family relations: effects of pubertal status and pubertal timing. *Developmental Psychology*, 23, 451-460.
- Steinberg, L. (1988). Reciprocal relations between parent-child distance and pubertal maturation. *Developmental Psychology*, 24, 122-128.
- Steinberg, L. (1990). Interdependence in the family: autonomy, conflict and harmony in the parent-adolescent relationship. En S. S. Feldman y G. L. Elliott, *At the Threshold: The Developing Adolescent*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Steinberg, L. y Hill, J. (1978). Patterns of family interactions as a function of age. The onset of puberty and formal thinking. *Developmental psychology*, 14, 683-694
- Youniss, J. y Smollar, J. (1985). *Adolescent relations with mothers, fathers and friends*. Chicago: University of Chicago Press.

(Artículo recibido: 20-4-2002, aceptado: 7-11-2002)

Anexo I

Instrumento para la evaluación de la comunicación con padre y madre

Nos gustaría saber con qué frecuencia hablas con tu padre y con tu madre de algunos temas, para ello responde rotando con un círculo el "1" si no hablas nunca de ese tema, el "2" si lo haces rara vez o en contadas ocasiones, el "3" si lo haces algunas veces, y el "4" si hablas muchas veces con de ese asunto. También nos gustaría saber si crees que tus padres y tú pensáis de forma parecida o diferente sobre esos temas, para ello deber señalar "1" si crees que tus padres y tú estáis totalmente en desacuerdo, "2" si crees que estáis en desacuerdo, "3" si piensas que estáis de acuerdo, y "4" si estáis totalmente de acuerdo. Al final asegúrate de que has señalado dos opciones por cada una de las filas

	Nunca	Rara vez	Algunas veces	Muchas veces	Totalmente en desacuerdo				
					En desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo		
CON TU PADRE									
1. De tus amigos/as	1	2	3	4	1	2	3	4	
2. De lo que haces cuando estás fuera de casa	1	2	3	4	1	2	3	4	
3. De tus gustos e intereses (deportes, música...)	1	2	3	4	1	2	3	4	
4. De las normas en familia (tareas en casa, hora de llegar por la noche..)	1	2	3	4	1	2	3	4	
5. De tus planes de futuro (carrera a estudiar, profesión...)	1	2	3	4	1	2	3	4	
6. De sexualidad en general	1	2	3	4	1	2	3	4	
7. De tu conducta sexual	1	2	3	4	1	2	3	4	
8. De tu novio/a o chicos/as que te gustan	1	2	3	4	1	2	3	4	
9. De alcohol o tabaco	1	2	3	4	1	2	3	4	
10. De drogas	1	2	3	4	1	2	3	4	
CON TU MADRE									
1. De tus amigos/as	1	2	3	4	1	2	3	4	
2. De lo que haces cuando estás fuera de casa	1	2	3	4	1	2	3	4	
3. De tus gustos e intereses (deportes, música...)	1	2	3	4	1	2	3	4	
4. De las normas en familia (tareas en casa, hora de llegar por la noche..)	1	2	3	4	1	2	3	4	
5. De tus planes de futuro (carrera a estudiar, profesión...)	1	2	3	4	1	2	3	4	
6. De sexualidad en general	1	2	3	4	1	2	3	4	
7. De tu conducta sexual	1	2	3	4	1	2	3	4	
8. De tu novio/a o chicos/as que te gustan	1	2	3	4	1	2	3	4	
9. De alcohol o tabaco	1	2	3	4	1	2	3	4	
10. De drogas	1	2	3	4	1	2	3	4	
11. De política o religión	1	2	3	4	1	2	3	4	

Anexo II

Instrumento para la evaluación de los conflictos con los progenitores

Nos gustaría que nos indicases si durante el último mes has tenido broncas y discusiones con tus padres acerca de los temas que aparecen en la lista de abajo y quién toma las decisiones respecto a dichos temas. En primer lugar señala 1 si no has tenido ninguna discusión, 2 si has tenido algunas, 3 si han sido bastantes y 4 si han sido muchas. También nos gustaría que nos señalases si estas broncas han sido: 1 leves, 2 de intensidad media o 3 muy gordas o intensas. Por último, indica si en los temas que aparecen listados, las decisiones al respecto las toman tus padres (1), las tomáis entre tus padres y tú tras hablar sobre ello (2), o si sois vosotros quien tomáis la decisión (3).

	Ninguna bronca	Alguna bronca	Bastantes broncas	Muchas broncas	Broncas leves	Broncas medias	Broncas gordas	Mis padres deciden	Mis padres y yo decidimos	Yo decido
1. La hora de volver a casa	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
2. A qué dedicas el tiempo libre	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
3. El tiempo que dedicas a estudiar y las notas que sacas	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
4. Los amigos con quien sales	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
5. Los ligues que tienes	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
6. Tu conducta sexual	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
7. Como te vistes o arreglas	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
8. Las tareas de casa (limpiar, ordenar tu cuarto..)	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
9. Fumar y beber alcohol	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
10. Tomar drogas	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
11. Los sitios a donde vas cuando sales	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
12. En qué gastas el dinero	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
13. Política o religión	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
14. La carrera o profesión que prefieres seguir	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3

